

«¿Qué representa el Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España en tu vida?»

B. Jiménez Araque

«¿Qué representa el Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España en tu vida?» me preguntó el Dr. Sillero, «me gustaría tener tus reflexiones». No sólo porque me lo pide el Dr. Sillero, sino porque es para mí un profundo orgullo manifestar lo que siento no me lo pienso... y es que más que reflexiones, son sentimientos lo que probablemente acaba describiendo y escribiendo.

Para mí llegar al Princesa fue como para un náufrago llegar a tierra, o para un explorador saber que ese impulso a golpe de latido de tu corazón te estaba llevando y por fin sientes que llegas a tu destino.

Yo nací en La Guardia de Jaén, hijo de pequeños agricultores, en 1953. Estudié gracias a mi padre cuyo esfuerzo e ilusión dan cauce al mío propio, obtuve becas y logré ser Médico.

Mi primer trabajo fue de médico rural, interino, en Beas de Segura. Por aquello del primer amor, siempre tengo en mi corazón esa primera experiencia. Me caso, tengo una hija,

soy feliz. Al ser desplazado por un titular, me preocupo por el futuro y me propongo presentarme a lo que salga. Obtengo así plaza en propiedad del Servicio Normal de Urgencias, no me gusta pero es mía.

Varios traslados buscando una cierta satisfacción que la actividad no me aporta me llevan entre 1981 y 1990 por La Carolina, Bailén, Los Llanos de Aridane (isla de La Palma en la provincia de Sta. Cruz de Tenerife) y Martos, con distinto grado de satisfacción, como la vida en general.

Mi verdadera pasión era desde siempre la Cardiología. Compagino su aprendizaje con la propia carrera mediante cursos, asignaturas optativas, y también desde el primer curso de Medicina, cada tiempo libre (veranos enteros, otras vacaciones, puentes,...) no dejo de ir como asistente en el Servicio de Medicina Interna del entonces llamado Hospital Clínico Capitán Cortés, donde se me recibe con cariño y especialmente por el Dr. D. Tomás Fernández Amela, que me acoge como un verdadero padre. Pa-

dre afectivo y verdadero padre cardiológico pues él me enseña con dedicación y cariño y me hace Cardiólogo, título que obtengo en 1982.

En el año 1990 el Hospital Princesa de España, antiguo hospital provincial dependiente de la Diputación, se integra en la red de Asistencia Sanitaria de la Seguridad Social de Andalucía –hoy Servicio Andaluz de Salud– y se precisa personal, por lo que solicito y se me concede Comisión de Servicio como Cardiólogo en el Hospital Princesa de España desde enero-1991.

En esta situación permanezco en el Princesa hasta su integración en el actual Complejo Hospitalario Jaén, la obtención de la plaza ya como titular y la creación del Servicio de Cardiología, todo ello en 2003. Es en el Princesa donde cubro la etapa más larga como profesional y la mejor, en todos los sentidos.

Mi formación había sido hospitalaria, mi deseo y mi ilusión era el hospital y a ello tendía siempre. Mi paso por la medicina rural me satisfizo y me dio una experiencia muy valiosa por tener que afrontar y enfrentar situaciones cuya resolución no podía (física y literalmente) apoyarse en ninguna ayuda llamada complementaria, todo era observación y deducción clínica; y además aporta un tipo de relación personal más cercano. Pero cuando entro en el Hospital Princesa de España siento algo así como la culminación de algo en mí, mi ser de médico y mi corazón encontraron su verdadera plaza.

Estaré siempre agradecido, y aún así siempre estaré en deuda, al Dr. D.

José María Sillero, Jefe del Servicio de Medicina Interna, y al Dr. D. Juan Bautista Armenteros, Jefe de Sección de Cardiología quienes me recibieron y me aceptaron, más que una bienvenida era que se sentían contentos de que estuviera con ellos, me hicieron sentir una persona querida y un profesional valioso a su lado. Sensación que recibí de todos los miembros del Servicio. La palabra colega o compañero nunca tuvo tanto sentido.

Componían el Servicio de Medicina Interna un grupo de profesionales con cualidades que pronto se advertían de altísimo nivel, pero sus cualidades personales, que son las que hacen que admires a alguien, su valor humano, las que más sentía como verdaderamente extraordinarias. Sólo por estar en un grupo así ya me sentía elevado de categoría, verme integrado en él me hizo sentir orgullo, ilusión, felicidad y de ahí se derivó dar en la misma medida que recibía una entrega absoluta al Princesa y al Servicio.

Pero no sólo los facultativos configuraban el Servicio y derrochaban cualidades. También teníamos la suerte de contar con un buen apoyo de ATS en planta (independientemente del nombre que se le dé y el sexo de quien lo desempeñe, ésta tarea era y es sacrificada pero grata) y de Auxiliares de Clínica, entre quienes tengo especial recuerdo y tengo que mencionar a quienes nos asistían, verdaderamente nos auxiliaban, en consultas: Luisa, Lucía (M. Interna), sor Florentina (ECG) y Victoria (en Cardio), personas que hacían nuestra labor más agradable y que pronto

dejaban de ser compañeras de trabajo para ser verdaderamente amigas.

El Hospital Princesa de España se hizo a reclamo de los tiempos para sustituir y mejorar al antiguo Hospital de San Juan de Dios. Se construye en el año 1973, es un hospital bien pensado y bien hecho, donde llegan a brillar como pioneros Personas, Servicios y Técnicas, pero, como es frecuente en España, al mejor burro poca paja, se destinan presupuestos cada vez más pobres, a lo que se tienen que ir acostumbrando sus gentes, a trabajar para los demás recibiendo lo justo en lo económico, pero mucho en lo afectivo.

El Princesa siempre ha conservado ese espíritu, trabajador, pobre, entregado a su bien hacer, con altas dosis de humanidad, que tal vez fuera el espíritu de su creación «la beneficencia», simplemente era el trabajo bien hecho, con la dedicación profesional y humana no sólo necesarias, sino con generosidad.

La incorporación al SAS se vivía así como un estímulo sin dejar del todo una cierta desconfianza, aprendida como la letra, con sangre, desconfianza que parece que las autoridades sanitarias no han querido nunca decepcionar.

El área sanitaria que se le asignó al Princesa y sus necesidades sanitarias rebasaban con mucho la dotación que tenía, que se incrementó algo en personal y no en material, que iría goteando poco a poco. Nada de esto ha hecho nunca que el trabajo de la gente del Princesa dependiera de lo que a él se destinaba, el trabajo sólo dependía de la propia voluntad, ca-

pacidad y entrega, y ahí éramos ricos.

Todo el hospital funcionaba como un ser, con un comportamiento, con un afán, y con unas formas, que hacían sentir una especie de «alma» de ese ser. Hasta las guardias, tarea siempre difícil, se hacían con todos los facultativos compartiendo lugar, tiempo, malos y buenos momentos, contando siempre con su ayuda si era de requerir, convirtiéndose en otra forma más de ser distinta en el Princesa. En este sentido era muy raro hacer uso de las hojas de interconsulta pues lo natural, lo habitual, lo espontáneo era ir en busca de un compañero, acudir a Radiología, Laboratorio, u otros, para plantear cualquier cuestión hablando como personas en busca de la mejor y más rápida solución de los problemas.

En esta situación general del hospital, el Servicio de Medicina Interna se convirtió en el de mayor peso (facultativos, número de camas, ingresos, urgencias, ocupación, altas...) y eso que seguíamos siendo la Cenicienta. Sirva como muestra: en las consultas el apoyo siempre fue Auxiliar Clínico/a cuando llevaban lustros con ATS en esta tarea en otros hospitales; otra muestra: para realizar Ecocardiografía el Servicio de Radiología nos cedía un día en semana su ecógrafo y no fue hasta el año 93/94 cuando tuvimos nuestro Eco propio y si lo tuvimos no fue por asignación presupuestaria por la entidad de este recurso material sino por otra generosa donación: con motivo de la jubilación del Dr. Sillero la Diputación quiso tener con él un detalle im-

portante y él no pidió otra cosa: que se dotara a la Sección de Cardiología de algo que ya era de tan gran valor en la práctica diaria.

El Servicio de Medicina Interna iniciaba cada mañana su actividad con una sesión clínica perfectamente estructurada: todos los días se valoraban los ingresos habidos en la guardia precedente y se asignaban por patologías. A continuación, y según el día que fuera, previamente establecido el orden, se trataban temas del servicio, o, por secciones, se presentaban casos, bien propios, bien sesiones bibliográficas en las que se presentaban aquellos trabajos que por su actualidad, por su novedad, por cualquier aspecto de interés se compartían con el servicio, y había además presentaciones de temas/casos clínicos con aportación de datos, estudios, evidencias, etc. que se hacían quincenales.

A partir de esa hora se iniciaba la actividad asistencial que ocupaba el resto de la jornada. Éramos los que éramos para el trabajo que había, y comenzamos a tener índices muy buenos, en ocupación media, en estancia media, en pruebas propias realizadas en número absoluto y en proporción a la demanda, así recibió por parte de los pacientes en la encuesta del SAS una muy buena consideración, siendo el segundo mejor de Andalucía. Si le damos valor a la encuesta ahí hay datos y conclusiones.

Pero una vez más alguien sin contacto con la realidad del hospital cree saber mucho y el resultado a corto plazo fue que alguien en Sevilla pensó que la gente estaba equivocada y

sólo él sabía, y se empeñó en cambiar la realidad, y lo han hecho. Pero no quiero dejar de hablar de Medicina Interna y del Princesa.

Es de especial mención la enorme capacidad, apoyada en una insaciable ilusión por el saber médico, que derrochó siempre el Dr. Sillero. Las sesiones clínicas se llenaban por él, tanto las del Servicio como las generales del hospital que se hacían los sábados, para mayor mérito de docentes y asistentes.

Las traducciones del último trabajo aparecido en el *New England Journal of Medicine*, los casos clínicos, el afán de superarse simplemente a sí mismo cada día, hacía que nadie allí perdiera esa ilusión de un buen médico, de ahondar en el saber médico en general, de afinar en el conocimiento del enfermo en particular.

Pronto el hospital recuperó docencia y comenzaron a llegar «Residentes de Familia», significaba otro reto, pero con el mismo espíritu que en lo demás todos y cada uno de nosotros nos dedicamos a la labor de formación con cariño y aquellos primeros Médicos de Familia que se formaron en el Princesa aún recuerdan su paso por allí y se saben mimados, ningún residente gozó de tanta dedicación como ellos en el Princesa.

Las sesiones de los sábados del Dr. Sillero, abiertas a todo médico o sanitario interesado, eran la mejor expresión del esfuerzo y la ilusión por el propio saber y transmitir. Pronto dieron paso a cursos, ya dirigidos a los residentes, ya generales, si bien se seguían haciendo más por el esfuerzo propio que por el estímulo de la enti-

dad, que, para seguir en su línea, no existía, hasta que quedó un bello recuerdo y mucho trabajo impreso en libros que recogían la labor anual de este trabajo.

Por continuar hablando de lo que conozco, dos éramos los cardiólogos que asumíamos la asistencia de la especialidad para la población de nuestra área de ciento diez mil personas, teniendo en cuenta que se incluía la zona de Andújar cuyas necesidades sanitarias no son las que su población hace pensar sino que habría que aplicar alguna fórmula o algo así: «x». De esta forma el médico que pasaba consulta, también se hacía cargo de las urgencias, y el que pasaba la planta también hacía las exploraciones (Eco, test de esfuerzo, holter). Y sólo una persona, con cargo de Auxiliar Clínica pero con capacidad muy superior, ayudaba en la consulta, lo que incluía recibir a la persona citada, llevar recuento diario y horario de las personas citadas y que han acudido y sido atendidas, preparación de historias clínicas, preparación y ayuda del paciente, cumplimentación de impresos de solicitud de pruebas, llevar la cita de las pruebas propias: Eco, Ergometría, Holter, y control detallado de las realizadas, preparar las historias ya completadas para elaborar informe, y todos los recuentos mensuales. Y en mi caso tuve la suerte de tener una excepcional colaboradora, que trataba a cada persona con el agrado, más aún, con el encanto que derrochaba con todos nosotros.

Tanto en mi Sección, como en mi Servicio, como en el ámbito de mi Hospital nunca ví que nadie rebajara

la calidad de su trabajo al nivel que por los medios de que se nos dotaba pudiera haber correspondido. Cada persona ponía en acción sus mejores recursos profesionales y humanos para obtener un trabajo que excedía lo que se esperaba y que no recibía más que elogios por los que de verdad lo deben valorar, los pacientes (ahora usuarios –palabra fea y fría de dudoso gusto en la tarea sanitaria–) lo que se refleja en la bajísima casuística de reclamaciones a lo largo de todos esos años, y el alto grado de afecto mostrado y esta era la mejor compensación que los trabajadores recibíamos.

Por ello ya dije en su momento, cuando se le cambió la cara y el nombre, que para mí siempre será Princesa de España, y desde luego siempre será Princesa de mi corazón.

No es buena la melancolía, no es bueno mirar atrás con añoranza, sino que el hombre tiene que mirar siempre hacia el frente, y andar, que solo andando se hace camino y si volvemos la vista atrás lo que se ve es una senda que nunca se volverá a pisar.

No soy de los que piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor, antes al contrario pienso que el mejor tiempo es hoy o está por llegar. Pero una cosa es la añoranza o la melancolía y otra el recuerdo, y éste sí lo mantengo vivo y cálido y forma parte de mi experiencia y mi ser: y por ello digo que de lo que he vivido hasta ahora, la experiencia médica y personal que he tenido en el Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España es única, irreplicable, me ha enriquecido, me ha hecho mejor, me hace sentir un hombre afortunado, y

ese espíritu me anima a que de nuestra actuación se diga siempre «este es un médico del Princesa y del equipo del Dr. Sillero». Y con eso se dice todo.

Dentro de ese Ser que parece tener el Hospital, había personas especiales y grandes. De ellos tuve la suerte de tratar que el más grande Médico, estudioso incansable e insaciable y el ejemplo más auténtico de lo que debe ser un Jefe de Servicio. El Dr. D. José

María Sillero impregnó al Servicio de Medicina Interna de la categoría profesional más alta y a todos cuantos tuvimos la suerte de trabajar con él nos ha hecho mejores médicos.

Jaén entero y provincia, el Hospital Princesa de España, y yo personalmente le estamos eternamente agradecidos.

B. Jiménez Araque
